

ISRAEL MONTALVO

ABEL EN LA CRUZ





Abel en la Cruz

Israel Montalvo

Israel Montalvo
Sultana del Lago Editores

Maracaibo, 2021.
PRIMERA EDICIÓN

HECHO EL DEPÓSITO DE LEY

ISBN: 9798737482916

Diseño de la portada:
Luis Perozo Cervantes

Diagramación y maquetación:
Sultana del Lago Editores

www.sultanadellago.com
+584246723597

Salvo lo dispuesto en los artículos 43 y 44 de la Ley sobre el Derecho de Autor, queda prohibida la reproducción o comunicación, total o parcial de este libro, siendo que cualquier individuo u organización que incurriere en la conducta impropia señalada, podrá ser perseguido penalmente conforme a lo establecido por los artículos del 119 al 124 eiusdem, constitutivos éstos del Título VII de la aludida ley y sin perjuicio de las responsabilidades civiles a las que pudiera haber lugar.

I

Abel cayó a la Tierra un dieciseises de junio, el día de la muerte perpetua de Ulises, un siglo después y en una Tierra distante, en un simulacro de Babel, una mancha de concreto que se extendía a sus anchas como una enfermedad. Un tumor añejo.

Hoy era el día en que celebraba su caída a esa Tierra, el veinteavo recordatorio, pero Abel había decidido dejar las celebraciones para algo mejor, algo que lo ameritara, un logro. No tenía ninguno registrado en su haber, había dedicado gran parte de esa vida a deambular como un nómada en busca de un lugar al cual pertenecer. Tenía un año estancado en ese agujero. Una caja de zapatos sería un lugar más confortable y cabrían más cosas, no como ese cuarto que rentaba desde que decidió valerse por sí mismo. Pero la independencia que representaba ese hecho, poder vivir por su cuenta y de sí mismo era un orgullo ganado, uno de los pocos que tenía (o el único), por lo que no podía dejar esa vida de momento.

Abel tenía grandes sueños, era un idealista que deseaba comerse al mundo, lograr una diferencia. Dedicaba sus horas libres a trazar esas expectativas por viñetas ilustradas sobre un papel, relatos sobre personajes que se buscaban a sí mismos en la trampa que eran sus vidas. Una extensión palpable de su miseria

común y corriente. Abel no era un tipo celebre como aquel descrito en la biblia, ese primer caso de homicidio pasional, contado a lujo de detalle como si se tratase de un caso de *Alarma* en el santo panfleto. O como ese otro Abel, narrado por Gaiman en su mundo soñado, ese que resguardaba secretos y moría en —o por— las manos del guardián de misterios. Abel ni tan siquiera se llamaba Abel, tomó prestado ese nombre porque consideró que sonaba mejor y tenía una historia más interesante que la palabra común que escogieron sus padres para nombrarlo. Su decisión tenía más que ver con esa versión que regenteaba misterios en el mundo de Morfeo que con la primera víctima de homicidio. Abel se veía a sí mismo como una víctima atrapada en la representación constante de una tragedia común, la agonía de ese hombre era un drama que compartía con millones en tiempos distantes y lugares dispersos: la vida, en el más común de los denominadores.

Ese día en que celebraba su caída, se aferró lo más que pudo a las sábanas de su cama y permaneció ahí hasta que la tarde emergió, Abel confrontó la pregunta que lo estaba esperando desde el amanecer, la que tenía tiempo circundando su vida, por su cabeza como una avispa, un zumbido amenazante:

¿Y ahora qué?...

II

Esa tarde se arrastró al trabajo de otro común denominador, un trabajo sacado de la manga por el ingenio, Paúl dedicaba a sacar varo dentro de una camioneta blanca aparcada permanentemente en la Calzada de la Cruz, a un costado del Pollo (in)Feliz, esa camioneta carecía de motor y llantas que pudieran rodar otra vez. Se había mimetizado con el ambiente y de la noche a la mañana adaptó su forma para convertirse en fotocopiadora, el puestito de las copias a mitad de todo y rumbo a la nada.

Paúl estaba en lo suyo, practicando algo parecido a la hibernación, sentado en un banco de plástico, rascándose la entrepierna como si la sarna lo poseyera. Llenando sus oídos con Judas Priest, un vomito emitido por la minúscula grabadora que se escondía en algún rincón de la copiadora. Su concentración permanecía fija en un objetivo: las nalgas de cuanta vieja pasara. Un análisis profundo y frondoso.

Abel hizo acto de presencia sin alterar el estado zen del mirante, tomó asiento en otro banco de plástico e imitó al mira nalgas, ambos costados de la camioneta habían sido modificados para convertirse en ventanillas plegadizas por donde se podía ver a todo culo —sabroso o no— que rondará los alrededores.

Un destartalado remedo de transporte se divisó a un par de cuadras, era una amenaza para quien circulara ante esa cafetera, amenazaba con desarmarse o explotar al mínimo roce. Era imposible saberlo con certeza, pero era evidente lo que era. Una muerte enlatada.

Realizaba una complicada serie de malabares de volante que cualquier polizone o borracho maniaco envidiarían. Dio una vuelta suicida y frenó sobre la banqueta a media cuadra de la copiadora. Y aquel fantasma, bajó con todo el estilo de un matón de película gringa. El fantasma se había convertido en mito divulgado en chisme mundano, se había esfumado de la faz de la Tierra desde que la cordura lo abandonó, temerosa de convivir con ese engendro. Estaba desaliñado y más sucio que un naufrago, tenía la pinta de usar la misma ropa desde hace años y debieron pasar siglos desde la última afeitada. Todo un perro rabioso y en cualquier momento ladraría.

Caminó a la puerta del centro-copia-fácil. Lo vieron entrar como si se tratara de un rumor, sus ojeras semejaban marcas indelebles y temblaba como gelatina recién cuajada entre respiros pesados. Los miró con los ojos de un asesino desquiciado antes de una masacre estilo Columbia y permaneció en el silencio que precede a una tormenta.

—¿Ora tú?... ¿Dónde te habías metido, méndigo, Ebrick? —Paúl desarticuló el silencio.

—Tu jefe te anda buscando. Que no te has parado en tu casa en más de una semana —Abel le contó al zombi, luego dejó escurrir la duda—. Oye, ¿es cierto que le robaste el bocho a tu carnal?

—¡Era necesario! —subrayó el muerto vivo a todo pulmón—. Tenía que cuidar la casa de mi morra.

—¿De qué? —Abel tuvo la *brillantes* de preguntar.

—Mataron a uno de sus gatos. Debía cuidarla y... ¡COBRAR VENGANZA! —El redentor urbano golpeó la camioneta con todas sus fuerzas. Su respiración se volvió un peso muerto. La espuma rabiosa estaba por brotar por su boca—. ¡Quisieron embrujarla! Pero... no lo permitiré. En los días me quedo cuidándola y, por las noches estaciono el bocho afuera de su casa y hago guardia hasta el amanecer.

—Uno de sus gatos. —Lo interrumpió Abel, preguntándose si era consciente de que la muerte de uno de los veintitantos gatos corrientes que coleccionaba su domadora —con la probable participación de algún vecino arto de la peste a caca y pelo gatuno— no era para que se convirtiera en todo un Charles Bronson. ¿O era todo lo que se necesitaba para sacar su sicópata interior y dejarlo libre por las calles? Asiendo evidente un viejo dilema: *who wahtches the watchmen?*

—Sí, Bola Ocho. —Confesó el vigilante—. Estoy seguro que mataran a cuantos puedan si no lo evito.

Por fortuna para el conciudadano común, Charlie —sin fábrica de chocolate— Bronson encontraría a ese hijo de puta mal-cogida y le aplicaría un ajuste de cuentas que envidiaría cualquier antihéroe de cómic. Rompiéndole cada huesito con un estilo posado sin olvidar mentar una frase célebre. Aderezados argumentos que ni Frank Miller, Stan Lee o Rius serían capaz de idear, y finalizaría la obra —probablemente— metiéndole a la escoria en cuestión un tubo de PVC por el recto para que conociera el auténtico sufrimiento o el placer más infinito, según la perspectiva del in-sano criminal.

Lo de la culpabilidad era secundario, lo importante era que Mister Bronson, no descansaría hasta hacer justicia de algún modo, a quién sabe quién, sin cursilerías legales.

Una albóndiga mórbida interrumpió al Rorschach de bolsillo. Quería una copia de la credencial de elector y la Curp. Abel se entretuvo hurgando en los discos compactos que estaban a un lado de la grabadora. Encontró una compilación de grandes éxitos de David Bowie. Ni tardo ni perezoso se dispuso a quitar al Halford y su judas-prieto sin consultar a nadie y puso el track 18: *The man who sold the word*. Y volvió al mugre banquito plástico. Ebrick seguía perdido en algún recóndito paraje de su mente descompuesta. Paúl atendía a una preparatoriana que no tenía mal ver.

—Con esta rola se me antoja poner a una colegiala a cuatro, levantarle la faldita y darle unas pinches nalgadotas —bramó jarioso el Ebrick mientras abría la puerta—. ¡TE GUSTA PINCHE, PERRA! —Graznó a todo pulmón a la vez que nalgueaba la camioneta, a ritmo de tambor—. ¡Te la voy a meter hasta por las pinches orejas, chingado!

La clienta huyó al ver al maníaco en acción. Paúl volteó a verlo y sacado de onda preguntó al único testigo de la locura caliente —: ¿Y este, qué trae?

—Pregúntale... —Abel, le aventó la bronca.

Paúl se dejó llevar por su vista zen y enfocó por encima del hombro de Abel un culo sabroso y lo expresó:

—Eso es culo, no chingaderas.

Abel volteo por inercia, sin estar realmente interesado. La distracción les hizo perder de vista al maniaco.

—Hey... ¿y el Ebrick? —Abel evidenció su ausencia.

Se asomaron por las ventanillas hasta dar con la locura. Saltaba como conejo guiado por el hombre que vendió a ese mísero mundo. Daba un brinco al ritmo de la melodía, simulaba atravesarse el pecho con un cuchillo imaginado en sus manos, y volvía acomodar los brazos como alas de pollo o... ¿patas de conejo?

Dio dos vueltas completas alrededor de la camioneta sin que alguien se interpusiera en su ritual pagano. Abel le dio un vistazo a Paúl, quien no parecía sorprendido por el andar del Mister Charly Bronson, más

bien, intrigado por algo que se le escapaba. Abel no sabía que podría ser. Puso desde el inició el track 18, que se encontraba enfilándose en los últimos acordes para ver si lograba dar con ese faltante.

Ebrick continuó en su épica representación —la epopeya trágica de un drogo desquiciado— y sus drugos, en su papel de público cautivo.

III

—Le hubieras visto la verga. —Paúl tenía el asco manifestado por su garganta, a punto de ser una asfixia, una guácara vaciada por el escarabajo blanco del Ebrick, de sólo pensar en el tono en que la piel viva se marchitaba, los granos de pus, espinillas reventadas oliendo peor que un perro muerto a punto de reventar a media calle.

—¿Cómo crees que le voy a ver la verga a otro cabrón?, ni que fuera joto, güey. —Manifestó Abel, consternado por la sugerencia que rozaba con la mariconería, según sus criterios de macho común.

—Pero, güey, no mames, estaba podrido, daba asco. —Insistió Paúl.

—Nel, Abel, tiene razón. Eso de andar viendo vergas es de putos —dijo Ebrick sin quitar los ojos del camino y las manos del volante aunque su mente estaba extraviada en algún recóndito paraje.

—No lo niego, pero es que ese güey, me estuvo chingando para que le dijera si tenía algo, una infección. —Paúl justificó sin convencer a nadie.

—¿Y desde cuando eres un pitologo experto? —Abel escurrió la mala leche.

—Pito-lo-go —Ebrick explotó en una atronadora carcajada que casi le hace perder el volante —.

Nomás no andes catándolos a lenguazos pa ver si están sabrosos.

—¿Qué pasó? —Paúl replicó.

—Pos ya no se sabe, mira al Raudel, tan machito que se mira y tiene funda para su puñal —Abel dejó en el aire un argumento sólido que Paúl no podía objetar y siendo él, quien divulgara la jotería, se había ganado la carrilla del viaje al Edén, la tintorería esperaba ansiosa devóralos esa noche.

Las miserias expuestas de Raudel se retrocedían al viacrucis de una semana previa, en la tarde promedio de un viernes en que, Paúl pudo escapar temprano a eso de tener un trabajo y se refugió en las entrañas intestinas de la tintorería, la tinto. Había comprado una caguama para mitigar la sobriedad, ese era un problema que debía superar antes de las once, antes de que iniciara lo bueno. Antes de que hubiera conejos desfilando por las ruinas de ese agujero, necesitaba lubricar la calentura que pronto desbordaría en su caza de nalgas. Era el único poblador de la tintorería esa tarde hasta que hizo acto de presencia el Raudel, un chaparro remedo prieto con cara de asaltante promedio, pero con una voz aguada y chillona, un filo audible y molesto. Vestía como de costumbre los harapos de un cholo al que se le había encogido la ropa en una lavada. Raudel era un nervio a punto de convertirse en la desesperación manifiesta, Paúl pudo olerlo, saborear la psicosis contenida en ese embu-

tido con patas. Después de un escrutinio llevado a cabo de un vistazo, Paúl escupió la pregunta:

—¿Qué te traes, cabrón?

Raudel se encogió de hombros y hundió la mirada al piso como vil avestruz.

—¿Algo te traes? —insistió Paúl.

—Creo que... —Raudel chirrió en un aullido, se había dado por vencido y expuso el dilema—...Tengo... el pito... enfermo.

—¿Puedo ver?

—¿Qué?

—Qué si puedo ver. Te puedo decir lo que tienes.

Raudel accedió un tanto inseguro por exponer su miseria al ojo crítico del mayor divulgador de noticia conocido. Paúl era todo un Judas de lengua larga, una tamalera que medía y pesaba como un luchador, sólo le hacía falta una máscara vistosa y un calzón colorido para subirse a un ring, podría ser un buen rudo, un traicionero que dejaba abajo a la primera a quien pudiese, por tirarse a un conejo o por divertirse a costas de otro, en este caso ese otro, tenía un nombre y una voz chillona.

Fueron al cuarto de ensayo, donde los instrumentos permanecían en un silencio forzado y a oscuras, eran casi las siete de la noche y a pesar de ser un viernes, el ensayo de Los Rotos, había sido pospuesto gracias a la singular desaparición del Ebrick —ni sus familiares

sabían algo de su mísera existencia, aunque se rumoreaba que recorría las calles imponiendo ley, predicando el dolor— por lo que, esa noche sólo se llevaría a cabo la habitual peda de proporciones epidémicas.

Raudel desenfundó su miseria exaltada por la hinchazón. Paúl se cubrió la boca y la nariz con sus manos. Hizo un esfuerzo, contuvo la náusea. Una, que ni Sartre, podría describir como parte de la miseria humana. El mísero pepinillo de Raudel apestaba a gato muerto, tenía una tonalidad rojo sarna y estaba cubierto por granos verdosos con la punta amarillenta de los cuales escurría pus.

—¿No mames a quien te cogiste, cabrón?! —Paúl dejó fluir su espíritu periodístico e indagó lo más que pudo —. ¿Quién te la dejó así?

Raudel respiró hondo, sabía que no tenía salida y se confesó ante Judas:

—Fue la pinche Lobita.

—¿El joto?

—Sí, y mi abuelo me cachó. Amenazó con decirle a mi abuelita.

—¿Qué hiciste, güey?

—Le dije que yo también lo había visto cogiéndoselo y que también se lo iba a decir a mi abuelita.

—¿Y qué pasó?

—Nada. Ahí quedó.

—Oye, en la vecindad donde vives ¿hay alguien que no se pique al jotillo?

—Mi abue... creo.

—Güey, y tu abuelo... ¿No tiene el pito podrido?

—Debería preguntarle, ¿no?

IV

La tintorería tenía las fauces abiertas a sus anchas, esperando a sus habitantes, como cada viernes el desfile de la carne iniciaba para desembocar en las entrañas intestinas de ese agujero, una ruina a medio caer, aun poblada por máquinas de tintorería, expuestas como los restos de animales en disección de algún espectáculo lúgubre, el techo que cubría la entrada se había caído hace años y se convirtió en una especie de cerrito de escombros, que cubría el patio principal, se tenía que subir sobre él y bajar por el camino marcado para llegar a las habitaciones aun en pie. En medio de ese cerro sobresalía la figura del crucificado. La creación artística de Abel, un intento de hacer arte conceptual, con todas las pretensiones debidas, era un remedo de Cristo con ojos vendados y saco viejo que se erguía en una cruz, como un espantapájaros en medio del maizal seco que Paúl y Ebrick sembraron, después de ver las tres secuelas de *los niños del maíz*, había crecido para secarse y dotar a ese camino de un elemento surrealista, seco y marchito. Un lugar que poblaba leyendas urbanas sobre orgias y satanismo a ritmo de *bevie fucking metal*. Había algo de razón como en cada leyenda, sólo que no había deidades de ningún tipo y el *sountrack* de ese agujero lo interpretaban Los Rotos, un remedo punk a la vie-

ja escuela, un par de acordes mal tocados y la actitud correcta heredada de Jonny Rotten: *Si no hay futuro como puede haber pecado.*

Ebrick estacionó el escarabajo blanco, a su pasaje le costó unos momentos poder abandonar ese cacharro, estaban molidos por salir disparados en todas direcciones, en las vueltas suicidas a máxima velocidad que el redentor urbano hizo, había reducido un recorrido de media hora a unos escasos minutos, pero las leyes de la física cobraron factura en esos cuerpos, no dejaban de ser sólo humanos, no como Ebrick, el predicador del dolor. Él estaba deseoso de meterse al cuarto de ensayo y hacerle el amor a su batería, tenía la(s) baqueta(s) desenfundada(s). La iba amar con odio, destrozarla a golpes traducidos en tamborazos punzantes, alaridos de placer, que se acompañarían del chillido de una guitarra torcida, un bajo zumbante como una avispa de plomo y una voz fría y sarnosa que vomitaría el mundo en palabras.

El trío decadencia era el único en ocupar la tinto(re-ría), apunto de enfundarse como Los Rotos en el momento en que, Pablo apareciera para representar su papel en el bajo(mundo). En su lugar se presentó el Kid, el inefable Puñetas Kid, con una fama ganada desde sus tiempos de secundaria, era por méritos propios, la puñeta más rápida de la cuadra.

Paúl había materializado las ganancias del día en la copiadora, con las caguamas que se enfriaban en hie-

lo en una pequeña tina de plástico azul c(i)elo, un color en paradoja para ese infierno mundano. El Kid entró sin saludar a nadie, directo al primer buche de chela. Lo necesitaba, después de todo lo vivido la noche previa, necesitaba ese refugio, la perdición que da la corrosión de una cerveza y el humo de un “Delicado”, que guardaba en un bolsillo, pidió lumbre al trío, Paúl le acercó un encendedor.

—Tu jefe fue a buscarte ayer a mi casa —el Kid informó al redentor que seguía sumido en un mundo particular, lejos de ahí sin estarlo —. Se veía algo preocupado.

—Sí, eso escuché. —Dijo Ebrick sin estar interesado. El Kid le dio la primera chupada al taco de cáncer. Necesitaba sentir el humo, raspando la garganta, los pulmones. Dio otra calada y roló el tabaco a medias al Paúl —Oigan... ¿qué chingadera creen que me pasó? — Dijo el Kid, solemne, en un luto culposo.

—Pos luego... —Paul le dio por su lado.

El Kid se bebió un buche prolongado de chela, intentando ahogarse en el sabor amargo del frío que recorría su laringe sin escala a su panza. Ocupaba una audiencia para su tragedia, que importaba si está se difundía en chisme como Paúl lo haría, o ese público en verdad quisieran escucharlo. Sus rostros eran un desinterés gestado entre muecas de apatía. Kid lo soltó e inició su travesía de la noche previa:

—Ayer fui a pistear con el Pablito a casa de Malvina y ahí estaba la Yosira, la mendiga gorda prieta que parece lavadora con peluca. Pos nos quedamos che-leando en la entrada de casa de la Malva, Pablo se discutió con un veinticuatro de Modelitos y ni modo que dejarlo abajo. Ya andábamos entrados y en un pestañeo que se nos pierden el Pablito y la Malva. Me quedé con media charola y, la gorda que se me pone jariosa. Ya andaba medio pedo, la neta y sabiendo que los desaparecidos andaban echando pata, pos empecé a verle las lonjas sabrosas —más de dónde agarrar—, me di valor. Al primer descuido le meto mano, le sobo las lonjas, le aprieto las chichis y le escupo verbo: *vamos a lo oscuroito pa ponernos cariñosos*, ¿con qué mamada creen que salió?: *Ay, es que soy virgen*. Me aguante la risa como pude, quien se cree esas mamadas, los conejos siempre dicen eso antes de soltar nalga, pero, eso sí, fui todo un caballero y le dije: *no te preocupes eso ahorita te lo soluciono...* ¿Y a poco nada de nada? Y me dice la pinche gorda que sólo se la había chupado a un güey, “una vez”. Con esa información tuve. Le di un fajesote, le mordí las chichotas y la puse de modito para que me diera una mamadota. Me saque el pirrín y justo antes de que se lo tragara se me ocurre preguntar: *oye, si no es indiscreción, ¿conozco al güey?* Y el pinche chicharrón con patas me dice: *pues, se junta ahí, en la tinto*. Ah, cabrón ¿pos quien será...? así que le pregunte: *le dicen Randel*. ¡Putá ma-

dre! Nomás lo dijo y el pito se me puso aguado y se me escondió como cabeza de tortuga. La agarré de los hombros y zarandé a la tripona exigiendo fecha de ordeña, y la pinche vieja, todavía se lo pensó: *el viernes, en la tinto*. La aventé a la chingada e intenté provocarme el vómito como puto bulímico. Apenas pude guacariar como medio bote. Neta que de sólo pensar que la pinche tinaco Rotoplas le había chupado la verga granosa al pendejo ese.

El trío miseria lo veía incrédulo, incluso Ebrick había dejado su mundo alterno para atestiguar la estupidez del Kid, Abel era el más desconcertado con el puñetero, Paúl se acabó el taco de cáncer y espero a que uno de sus compañeros de miseria se lo dijera al Kid, hoy se sentía de buen humor como para echarle veneno a la herida abierta de un pelmazo caliente, así que, dejó que Abel se regodeara a sus anchas:

—Ah, sí serás. Méndigo baboso. Te dijimos que le estaban exprimiendo los barritos al Raudel, se me hace que todo el mundo menos tú, se dio cuenta. Fue a lo descarado, güey. Andábamos como siete cabrones echando ojo.

—Güey... —se entrometió Paúl —... Dicen que llegó el Ebrick y se largó mentando madres por qué la gorda le salpicó la camisa al reventarle los granitos a mamadas-arranca-pito.

—¡Ah, no mames! —Exclamó el Kid, incrédulo.

—Eso dicen. —Corroboró Ebrick, preguntándose por ese viernes pasado y varios días más.

—Oye, cabrón, la neta, lo que a mí me sorprende es que, a pesar de acerté el digno, no te la hayas cogido

—Paúl saltó a la yugular.

—Eso sí, tú no eres muy selectivo que digamos. Y ahora resulta que la dejaste vivita y culeando. —Agregó Abel, enfático por la conocida calentura del chico puñeta.

El Kid se quedó mudo. Su lengua se entumió por su boca como su pito lo hizo en el de la mantecosa, la noche previa.

—Hay muchachito. —Desaprobó Abel, quien se fue al cuarto de ensayo para seguir ahí la espera del bajista faltante, Ebrick lo siguió para encontrarse con su amada bataca, Paúl le pidió una calada al segundo “Delicado” que el Puñetas prendió y dejó en sus manos, luego desapareció con la cola entre las patas, por desgracia el trío sabía que el Chico Puñeta volvería cuando perdiera la sobriedad, más no el ridículo, ese siempre había acompañado a ese remedo desde sus inicios en la puñeta.

V

Los Rotos se descocían entre acordes disonantes, junto a los berridos chirriantes de una garganta sarnosa y el zumbido de una colmena de avispas de plomo.

La audiencia de esa agonía se agolpaba en la entrada del cuarto ensayo, arremolinados como insectos en ese diminuto arco. El viernes era joven aún, la tinta estaba poblándose apenas por la muchedumbre de costumbre, todavía no había conejos para la cazaría de nalga, sólo chiludos en plan de “soy la verga más grande”, a pesar de que todo se contaba en milímetros, y nada llegaba a ser cuantificado en centímetros.

El profesor Borrego —maestro y señor de la faramalla— se había presentado a sí mismo en versión renovada, reinventado en black metalero al cual, rebautizó Paúl sin que lo supiera el profe como: Sir-lon-ja y se hacía acompañar de otro ilustre personaje: Lord Gansito, un (a)prieto al que se le dio el título de lord Marínela. También andaban por ahí personajes secundarios, pero a los que no se les podía quitar el ojo como el Bocho, un Hulk-destroza-todo que al igual que Bruce Banner sólo tenía que dejarse llevar por una furia psicótica para destrozar lo habido y por haber.

Paúl reventó dos cuerdas de su irrisoria lira, por lo que, se tuvo que dar por terminado el ensayo después

de la segunda rola. Pablo el cuarto roto (nada fantástico) pidió coopera pal pisto, después de abandonar su bajo en un rincón y ceder a la necesidad alcohólica que imperaba como un virus, pasó la gorra de los Raiders y se llenó con lo suficiente para un cartón de kiwas, Rancheritos, Sabritones y unos “Delincuentes” en paquete de veinte.

Lord-Gansito y Sir-lon-ja se ofrecieron para dicha empresa, tomaron camino al depo de la esquina y regresaron multiplicados en número dispar. Tres Black-etines Gamesa teñidos en negro y maldad, el Morbius un chilango prieto-feo con la mórbida intención de ser aboganster al titular su carrera de criminal en derecho, el Hussein un pálido monigote que se creía el hijo de la puta más cogida y con el ano marcado a hierros por Satanás, y Alinee, la “Jezabel”, una tipa que parecía la encarnación travestida en luto vampírico —crucifijo invertido y toda la cosa— de Danny De Vito en el papel del pingüino en la segunda del Bati(do)-murciélago dirigida por Burton. La fauna local estaba interesada en comprobar la veracidad de la tan peculiar fama de Jezabel ganada a mamadas y pudo ser corroborada en el momento en que Morbius la puso en evidencia:

— ¡Ya deja de estar chingando! No te voy a llenar la boca de mecos, otra vez. No tienes llenazón, chingado —Anda... —Gruñó en celo la insaciable—. Yo, lo necesito.

— ¡Ábrete a la verga! —Finalizó el Morbius, quién como indignada novia de pueblo al terminar su escena, agarró una caguama que nadaba en la tina azul y se la llevó al extremo más lejano de ese cuarto para beberla en soledad, lejos de la boca insaciable de Jezabel, ella fue por su —otro— refil con Hussein, quien al verla venir marcó su distancia, los güevos aún le dolían por la ultima exprimida:

—Ni me lo pidas.

Se fue a refugiar con el Morbius que se había sumergido en una acalorada controversia de índoles cósmicos existenciales con Lord-Gansito y Sir-lon-ja. ¿Cuál era la banda más cabronamente brutal y malnacida que hubiera habitado la Tierra? que si Mayhem o, si Emperor o, Darkthrone o, el Burzum del psicópata Conde Grishnackh o, el Menudo de Ricky Martín que había seducido a sus sacrosantas madrecitas, con coreografías rituales y coros de infantes lisiados sexualmente, en tonadas pegajosas.

Jezabel no se convirtió en estatua de sal ante el desprecio por su boca golosa, se quedó en un rincón pensativa y preocupada como si estuviese castiga en una clase de escuela con orejas de burro. Abel se apiadó de la pingüina, tenían algo en común, ambos se habían robado personajes del gran libro para vivir en ese Edén, remedo de un averno común y corriente. Su espíritu caritativo le pulsó la entrepierna mientras le daba audiencia a la necesidad de Jezabel:

— ¿Cuál es tu pedo, morra?

—Es que... —Jezabel dio un suspiro prolongado, era un dolor profundo, una carencia asfixiante, ella debía contener la carga y dejar libre el dilema —. Necesito semen, es que... Lo ocupo para el pelo, elaboro un shampoo, nomás mira como me deja el pelo, también hago una mascarilla di-vi-na para el cutis.

La cabellera de la insaciable eran hilos de terciopelo negro que caían por debajo de sus hombros. La cara, a pesar de ser la de un engendro, poseía la tersura de las nalgas de un bebe recién parido.

—Pos, mira, si tanto lo ocupas, yo te puedo ayudar, pero no te lo puedo dar así no más.

—No te preocupes por eso. —Guiñó un ojo Jezabel, satisfecha de conseguir una muestra más para la elaboración de su elixir lechoso.

Abel la llevó al “privado”, una minúscula habitación donde dos cuerpos no podían cohabitar el mismo espacio sino se unificaban en un acto. Jezabel, arrodillada ante su objeto venerado, el carnoso popote del que extraería la esencia, que daba forma a su cabellera sedosa y la tersa nalga con la que daba la cara. Hizo honor a su reputación a lengüetazos y lamidas furtivas por la miseria de Abel, el samaritano. Su ayuda en las terapias de belleza de Alinee, no pasó desapercibida, los mirones como viles voyeristas de porno en línea se asomaban por una ventana que daba al patio, la cual simulaba un ojo fisgón.

— ¡Cometa toda! —Gritó alguien.

—Pinche Alinee, no tienes llenazón —dijo uno de los Blacketos de bolsillo.

—Méndigo Abel... ¡Dale! ¡Dale!... Llénale la cara de mecos —graznaba el Kid reaparecido, más no venía solo, junto a Raudel, escoltaba a la Jesica que se acompañaba de la vieja del Ebrik. Los conejos empezaban a poblar el matadero. El Kid archivó las imágenes en su mente para una posterior chaqueta.

Alinee se detuvo cohibida por el griterío. No es que en verdad le molestara que la vieran practicando la succión, se llenaba de una rabia roñosa al recordar el desprecio por su boca golosa, y ahora querían espectáculo, hasta un engendro de uso común debía darse su paquete debes en cuando.

Abel preocupado por quedar a medio camino de culminar su obra caritativa decidió acallar el arguende. Se guardó la miseria evitando trozarla con el cierre del pantalón, y se dirigió hecho una furia ante la audiencia que lo aclamaba como héroe de guerra. Abel desempeñó el papel de un judicial en redada, azotó la puerta de una patada y graznó su furia:

— ¡Cámara cabrones! No se pasen de culeros... ¡NO VEN QUE ELLA LOS NECESITA!... —Miró indignado a su público(púbico) por su poca consideración a los tratamientos de belleza de la mamadora —. No sean culeros y denle chance, que ella los necesita

pa su shampoo. —Movi6 la cabeza en desaprobaci6n e irritado, chec6 que la puerta aun cerrara a pesar de la escena policiaca. Nadie tuvo argumento para contradecirlo, y menos siendo un p6blico que habia hecho su contribuci6n dos o tres veces para que ese cabello pareciera terciopelo negro y el cutis fuera una nalga reci6n parida, esa cara con ese agujero succionador, era todo un culo goloso y sonriente.

Abel dio la vuelta, cerr6 como pudo el privado y confront6 a la arrodillada, e introdujo su miseria hasta las amigdalas. Jezabel succion6 con todas sus fuerzas intentando extraerle hasta la m6dula, pero s6lo logr6 llenarse la boca de un blanco c6lido y espeso, al que guard6 en un frasco de Gerber (previamente adecuado para tal uso) que sac6 de su bolso. Lo guard6 entre una media docenas de muestras y los cosm6ticos, y le agradeci6 el favor al donante con un Marlboro mentolado, 6l lo tom6 sin desearlo, el tabaco no era lo suyo, se lo coloc6 sobre una oreja y guard6 su exprimida miseria.

— ¿Me puedes dar tu n6mero? —pregunt6 la insaciable.

—Si lo ocupas. Dame el tuyo y te marc6 para que lo registres —dijo Abel, al sacar su ch6charo celular, tuvo duda al escribir el nombre que le dar6 al n6mero de la succi6n oral —: ¿C6mo te gusta que te digan, Alinee o Jezabel? Alinee es tu nombre, ¿verdad?

—S6, lo de Jezabel es por la banda de los gemelos: *qui6reme, Jezabel, qui6reme.*

—No tengo idea de lo que hablas.

La mamadora se río como si hubiese escuchado una estupidez, por la ignorancia de Abel en ese mundano conocimiento, pero Abel vio algo que la mamadora no pudo chupar. Ambos eran versiones tomadas de alternativas del gran libro. Versiones de segunda en un Edén perdido en una provincia suburbana.

VI

La cacería de conejos iniciaba en el momento que cenicienta debería huir, cuando las manecillas marcaran la medianoche, la hadas se volverían putas y nos nomos en calientes lobos, hambrientos por carne fácil. La tinto, era un atolladero de carne, el desfile de hadas recorría la piel de hambrientos carroñeros, como Brenda lo hacía desde su primera noche en esa ruina, ese viernes había traído a su galán en turno, pero eso no la limitaba, sólo provocaba su flexibilidad en las creativas yemas de sus dedos, como Abel lo comprobó al sentir la caricia de su miseria. Abel se había tendido en un sillón en trozos junto a la parejita feliz, él galán se encontraba reclinado sobre el regazo de su amada platicando con Abel. Brenda aprovechaba la escasa luz de las velas centradas en medio de la habitación, como si de un ritual pagano se tratara. La bombilla que colgaba inerte por sus cabezas se había fundido y casi quemó la instalación eléctrica y fue imposible quitarla de su lugar. Por lo que dos escuálidas velas evitaban que la oscuridad se apoderada del muladar. Y Brenda, en complicidad con las sombras que poblaban esquinas, dejaba que sus dedos anduvieran libres entre braguetas.

Ebrick alguna vez le dijo a Paúl que deseaba ser porno casero, y parecía estar dispuesto a realizar su co-

metido en ese cuarto, entre un público numeroso a cada momento, que transitaba de ida y vuelta por ese Edén, como el Borrego que había guardado a Sir-lonja, al ser abandonado por la comitiva de Black-etines Gamesa. Estaba solo, entre ese grupo indefinido de perdidos, tenía que realizar un acto camaleónico y transformarse en uno más, como buen Borrego. El Bocho, estaba por estallar por veinteava vez sin motivo aparente en medio de una discusión con Pablo y Paúl, sobre algo que tenía que ver con una película que ninguno recordaba haber visto o como se llamaba, pero el acto protagónico pertenecía al Ebrick en complicidad con su chica, intentando descarnarse ante la mirada mórbida de esa audiencia, pero siempre hay censura ante actos desenfrenados y Jesica, la cuñada remilgada del Ebrick, evitó la *trozadera* que se venía gestando. Jessy, a pesar de ser una santurrona —al menos ante el ojo público— tenía una silueta tentadora en tonalidad morena, senos grandes y nalgas carnosas, que ninguno de los habitantes de la tinto despreciaría, no por nada poseía muy a su pesar una escolta personal de-dos guaruras de tendencias guarras, anhelando como perros hambrientos poder hincarle el diente, el Kid Puñeta y Raudel, la vergüenza manifiesta en alimañas ponzoñosas, en plena contienda por sus restos mortales.

El Kid estaba en estado de alerta máxima, al asecho de su rodilla, ya que, había corrido el rumor —gra-

cias a la divulgación periodística de Paúl— de que, esa noche Rata-audel declararía sus intenciones amorosas con necesidades sexuales incluidas a su Jessy. La extenuante marca personal realizada por el Kid fue burlada al primer pestañeo. Raudel esquivó a su contendiente e intentó hablar con Jessica. Pero las palabras se atoraron en su garganta, asfixiándolo. Jessica intentó traducir los balbuceos incoherentes que articulaba:

— ¿Quieres... decirme algo?

Raudel confirmó martillando la cabeza. Ella esperó a que lo soltara, pero Raudel estaba amoratado, atragantándose con las palabras.

— ¿Hay algo importante qué necesitas decirme...?

— Jessica adivinó temiendo lo peor. Raudel pudo dejar escapar un chirriante “sí” en voz baja. El Chico Puñeta intentó inmiscuirse entre los dos sin éxito, deseaba evitar a toda costa que se la llevara a un lugar solitario para exponerle sus entrañas. No fue necesario, Jessica siguió jugando a la mímica con su galán a medio cuarto:

— Yo... te... ¿gusto? — Ella hizo una cara de espanto cuando el Romeo deslenguado confirmó su temor, martillando la cabeza y continuó con los retazos de petición —. Y... quieres que... sea... tu... ¿novia...? Raudel casi se desmayó al liberar su amor, pero logró contenerse para escuchar el veredicto de su amada,

quien escupió un rotundo y sonoro “NO.” Era fácil traducir la expresión que tenía grabada en su carita de mojigata afligida: “¡NO ME JODAS!”, Jessy huyó a esconderse, entre su hermanita y el Ebrick. Evitando darle una mirada a los restos del Romeo deslenguado. El Kid discretamente se acomodó a un ladito de su deseada nalga, que se encontraba en un profundo cuestionamiento kármico: *¿por qué a mí?*

Raudel permaneció como estatua de sal ante la audiencia, un remedo de circo romano que no perdía detalle ante el derrumbe de ese hombre. Quieto, con las manos escarbando en los bolsillos de su pantalón y la mirada sumida en la mugre que cubría ese piso pegajoso, simulando a un avestruz, estaba al frente, siendo el punto central como si fuera expuesto en una clase en la primaria por un maestro regañón.

Brenda apretó con todas sus fuerzas la bragueta de Abel queriendo exprimirla, y sin proponérselo Abel tuvo un dilema, uno que se dividía en partes igualitarias entre la ética y la moral y un placer culposos. Por un lado el cornudo de ocasión no le había caído mal para divertirme a sus costillas, incluso le invitó un bote cuando llegó y contaba buenos chistes. Por otro lado, Brenda hacía muy bien lo suyo, ni tan siquiera supo en qué momento sus dedos se deslizaron por el cierre y se apoderaron de su miseria, ya casi lograba su cometido al exprimir su pepinillo. Abel era un hombre débil que se dejó seducir por

una mano amiga.

— ¡SE ESTÁ CAGANDO! —El grito provino del corredor que conducía al montículo de tierra donde se encontraba la crucifixión. El sacrificio pecado.

Brenda fue la primera en salir a ver de qué se trataba, Abel permaneció conteniendo la exprimida y salió detrás del cornudo. Evitando chocar con el Ebrick y su (D)ama, todos se agolparon a la entrada de esa habitación para confrontar esa escena para nada dantesca.

Nadie imaginó si Rata-audel podía caer más bajo, pero el pobre infeliz se esmeró en lograrlo. Ahí estaba, en medio del patio con los pantalones rozando los tobillos, los calzones se asomaban floreados entre la tela y las patas velludas. Borracho hasta la madre en menos de veinte minutos, gracias a una botellita de un litro del peor Tonaya deja-ciego que se empinó en drama suicida, al estilo de Chupe Alfredo Jiménez rumbo a Guanajuato: *la vida no vale nada*. El martirizado se había ingerido el “turco” casi por completo. Se tambaleaba expresando el desamor: *Ella no me quiere... ¿Por qué...?*

Raudel todavía lo preguntaba mientras una caca asomaba desde el dilatado ano, se deslizaba como una víbora castaña por sus muslos, dejando un camino oloroso y cremoso, en tono café.

El Kid estaba en primera fila escoltando a Jesica que

observaba incrédula la caída de su amante, y seguía en el cuestionamiento kármico: *¿porque a mí?* Raudel se agachó para vaciar el reto de sus intestinos entre el suelo, los tobillos y el pantalón. Se puso de pie después de tres pedos que emulaban al gas mostaza y parir a Willie en ese pasillo minúsculo, tenía un peso de dos kilos y olía a un fresco Chernó-(e)vil.

El caído en desgracia miró a la inalcanzable, Jessy, y ante sus ojos preguntó el origen de la agonía:

— ¿Por qué no me quieres?...—E intentó tomar en sus manos ese ideal inalcanzable. Tropezó con el nudo de ropa que tenía colgando por los tobillos. Se revolcó por los restos esparcidos de sus intestinos y graznó moribundo —: ¿Por qué...? ¿Por qué...?

Jesica estaba petrificada, aterrada. Algunos fisgones hacían anal-o(r)gías sobre el melodrama, otros se conformaban con mirar la caída de un amante, su desgracia intestinal. El Kid por su parte estudiaba la escena con una sonrisa extendida por su rostro de oreja a oreja, simulando una media luna repleta de una hiera de dientes cariosos. Tenía el camino libre y ansiedad en su mano derecha por su mísera entrepierna.

VII

Ebrick se mantenía de pie, en medio del pasillo donde se derrumbó el amor de un hombre. Ese hombre seguía sumido en el piso revuelto con los restos de sus intestinos. Roncaba a los pies del Ebrick que intentaba hilar la realidad, tenía un grupo de imágenes congeladas por su mente, sin una secuencia coherente, trataba de organizarlas, crear una línea de tiempo, algunas iban para atrás, a noches previas donde permanecía en los confines del escarabajo esperando un suceso criminal a las afueras de la casa de su (D)ama, otras eran de esa noche y unas cuantas más, aun indeterminadas, podrían ser de un mañana venidero.

Las imágenes de esa noche eran estelarizadas por Chuy-boy, que llegó de la mano de la Lobita, vestida como todo un Satán en minifalda, mostrando pierna y calzando zapatillas de aguja dentro de un carmesí sangrante, incluso había pintado su cabellera de tono canario a gorrión rojo. Aunque chillaba como toda una hurraca. El Chuy-boy era una greñuda y barbona queja ambulante, actuaba siempre la misma escena desde hace 2000AD, se quejaba tanto de eso, del sacrificio ingrato, traía puesta su ropa de trabajo; un trapo que le hacía de calzón y una corona espinada, se parecía tanto al intento artístico que Abel utilizó

como espantapájaros en el maizal, y poseía una tristeza palpable. Ebrick le preguntó a que se debía y él le dio una razón, una que Ebrick no podía articular por su memoria en el recuento de sucesos. La Satán carmesí estaba en celo, su macho de ocasión yacía en desgracia en el pasillo que conducía a la crucifixión, tuvo que buscar un sustituto y el único dispuesto para el martirio fue su acompañante; Chuy-boy, quien no puso objeción cuando la Satán lo llevó al privado y lo empaló del recto con su pivote carnoso, asomado desde los confines de su falda.

Su (D)ama se había retirado consternada por la unión in-natura de esas carnes, había algo que perturbaba al Ebrick como a todos los machos presentes. Nadie dio la clásica miradita al privado, donde el placer se oía a desgarros de garganta. Ebrick tenía que hacer algo, lo que pasaba ahí no era cristiano, aunque fuera la materialización del amor puro, la atracción de los opuestos. Era una cosa de hombres llevada a cabo entre hombres. Pero en la iglesia le enseñaron que eso era malo. Todo era culpa de Satán, vestida en tentación como vil güila cogelona, y estaba empalando el casto sacrificio en sodomía.

La inquisición se manifestó a través de Ebrick, rompiendo la unión de la carne en ese cuarto donde dos cuerpos no cabían, los mojó con el frío amargo contenido por una caguama para separarlos, como si se tratase de perros unidos del sexo. De las greñas

tomó a la Lobita y la tiró al pasillo, sobre el infierno que era Raudel, entre los restos de sus intestinos y el desamor manifiesto que era ese cuerpo. Y a Chuy, lo dejó retomar su lugar en la cruz echa de vigas viejas y plantada como si fuese el árbol de la vida entre maizales secos.

¿Debería ir a casa de su (D)ama? Hacer su ronda habitual, esperar por el homicida de Bola Ocho. Su chica se había retirado antes de las dos con Jessy y su puñeta escolta. ¿Eso fue antes de que apareciera Míster Argolla o después? Porque nadie hizo nada cuando expulsó la tentación de Satán y devolvió al mártir al sufrimiento, ¿si quiera había pasado algo de todo eso? Su (D)ama en verdad se había ido con la agobiada mojigata por el acoso y posterior caída de su pretendido amante, su escolta seguía allí o practicaba la chaqueta por ahí. Y Míster Argolla nunca llegó al tugurio, entonces, ¿Por qué podía escuchar su voz aguardentosa comentando sobre las andanzas del Tony?, las pato-aventuras del “coge-viejitas”, el güilo de uso común de arrugas canosas como la abue de Raudel. Podía escucharlo desde el patio, todos formaban un círculo alrededor de Mr. Argolla, y las dos velas que estaban por consumirse en el centro de ese círculo. Pero había una duda que asaltó su mente sin previo aviso, la tenía manifiesta entre sus manos, en un plato de unicel y un dogo aún caliente y los restos de otro, devorado

por él. Eso pudo deducirlo por el sabor todavía imperante por su paladar de la mostaza y la salchicha, junto al ardor del chile recorriendo su lengua.

Ebrick subió al calvario, la cima de Gólgota en donde la cruz se erguía entre maizales y el sacrificio espantaba cuervos. Llevaba su ofrenda, los restos de un dogo devorado, acompañado del segundo aun cálido y todavía entero, la cima divisaba el Edén en ruinas, el firmamento perdido en una negrura absoluta sobre su cabeza esperando a *Estrella del Alba* para iluminar al sacrificio de ojos vendados. Y Ebrick escuchó la exigencia de la ofrenda. La contemplaba en ese plato de unícel junto a los restos de su igual. La mancha de mostaza rosando la cátsup que marcaban un camino por el desechable.

— ¡Cállate! —Ebrick pidió con la furia desbordada por su garganta a la ofrenda exigente — ¡Deja de estar chingando! No me vas a controlar. ¡Cá-lla-te!

La ofrenda terminó por debajo de los pies colgantes del sacrificio. Ebrick apretaba sus oídos con sus manos intentando acallar la exigencia caída, asomándose desde el desechable. Se había arropado con una sutil capa de tierra y basura. El cuerpo de una mosca se divisaba entre pedazos de jitomate y cebolla embarrados con cátsup y mostaza.

Ebrick contempló a la exigencia acurrucada ante esos pies colgantes, junto a la viga podrida, clavada sobre ese montículo de escombros entre maíces secos y

crujientes. Su ira se apaciguó y fue seguida de la calma que embarga la comprensión. Se arrodilló ante la cruz y tomó la ofrenda en sus manos. La miró y pudo hacer propia su petición:

¡COMEME!

El pan se articulaba como labios en rímel de cátsup y aderezo. Deseaba besarlo y perderse por su laringe hasta los confines de su ser.

Ebrick cerró los ojos y se entregó a ese beso hambriento.

IX

— ¿Ebrick está gritando? — Dijo Abel, preocupado por los aullidos que provenían del calvario. El círculo de briagos pareció apático ante la duda, ante la posible locura desbordada. La tina azul estaba a la mitad, las caguamas nadaban entre hielos y mugre. Los últimos Sabritones iban de mano en mano, era la última cena de los apostas, Judas había preparado su traición: revelaría quien se había cogido a la vieja de...

—Oye, ¿en verdad el Tony es stripper? —Pablo aún no se creía esa revelación de Judas, quien no sólo contaba con el conocimiento. Tenía pruebas que involucraban a la abue del caído en desgracia, el resto humano que adornaba el pasillo que terminaba en Gólgota.

—Ese güey tiene cuerpo de perro parado, yo estoy más gordo que ese cabrón —Pablo tenía un buen argumento y es que, él era casi una tripa, un fideo, pero a comparación de Tony era obeso.

—Yo no dije que fuera de los buenos, en el congal donde se exhibe es uno de los teloneros, los que matan la hora antes de que salgan los mamados —Judas-Paúl dejó en claro el papel secundario desempeñado por Tony en la pista de un congal.

—Debe ser asqueroso ver a ese mono en tanga —

Míster Argolla dejó la repulsión al descubierto.

—Güey, ni te lo imaginas —Paúl corroboró.

— ¿Y tú como sabes? —Abel cuestionó el conocimiento.

La lengua de Judas se quedó muerta por su boca.

Ebrick salía del Edén rumbo a su vigilancia nocturna, su escarabajo blanco esperaba por el vigilante y su misión de patrullaje. El candado que mantenía cerradas las puertas del paraíso quedó abierto, Ebrick no se percató de eso, de que había dejado el absceso libre a quien deseara aventurarse por la tinta. Él tenía una misión que cumplir, encontrar al asesino de Bola Ocho y cobrar venganza. Debía predicar el dolor en la carne homicida.

Dos pitufos que hacían su ronda habitual vieron salir al predicador tambaleándose hacia su escarabajo. Decidieron dejarlo ir, se veía todo un peligro, como para iniciar una masacre en sus personas. Ellos eran la autoridad, sólo eso, no tenían un motivo real para arriesgar su vida y menos en el vano cumplimiento del deber. Notaron que las puertas de ese paraíso estaban abiertas y con reservas de ley, se adentraron por ese ruinoso Edén y encontraron el sacrificio en la cruz. Lo que ocurriera en ese perdido terruño rebasaba a los patrulleros. Una notificación por radio podría solucionar sus temores con una estampida en manada.

El estruendo de un ejército de pitufos irrumpió el

paraíso antes del alba. Armados con la muerte en sus manos, en cuerno de chivo y orden judicial, atravesaron el calvario rumbo al culto de briagos que comían los restos de su última cena, las caguamas finales pescadas en la tina azul (en) c(i)elo, y los sobrantes de Sabritones.

Los pitufos, simulando a una legión de romanos, irrumpieron el cuarto ensayo, cortando cartuchos y alumbrando a los despojos humanos con lámparas cegadoras. Abel escuchó como uno de los Rambo-Cops encontró al bello durmiente caído en desgracia, en medio del pasillo y aseguró que aún seguía vivo, pero lleno de caca. El cañón de un rifle calibre: te-llegó-tu-hora-final, se le acomodó en la frente e inició a menearse como un miembro jocosos. Abel invocó en plegaría a la gracia divina en la que nunca había creído: ¡Dios, no permitas *que eyacule su plomo!*

La horda de Pitufo-Cops arrastró de las greñas a sus presas y en remedo de circo romano hicieron una hilera de hombres con la vista sumergida en una pared, mientras los registraban y esposaban unos con otros, en una cadena humana. Abel pudo ubicar a cada uno de sus compinches por los ruidos gestados en involuntario, por los macanazos en costillas y pier-nas repartidos a la diestra y siniestra. A su derecha estaba Míster Argolla pasando las de Caín, era el más estrafalario de todos, un imán de chicas en busca de

exóticas novedades y de costumbristas Pitufos que lo veían siempre como el sospechoso número uno en cualquier crimen: robo a un peatón, la capa de ozono o, la derrota de las Chivas, y todo gracias al acero quirúrgico que cubría cada resquicio de su cara, el corte que dejaba media cabeza calva mientras la otra mitad estaba cubierta por rizos que caían hasta los hombros, sin contar el innumerable de tatuajes que se trazaban por cada resquicio de su piel o la lengua bífida como vil serpiente.

El Borrego, dócil, estaba recibiendo macanas por su tripa abultada, en momentos chillaba como cerdo al confrontar el rastro. Pablo estaba aún cuerpo de distancia, sufriendo los mismos martirios y el Bocho dejó libre a Hulk.

Los pitufos caían del Calvario, se arremolinaban como hormigas hambrientas sobre la furia viva. Una montaña de carne azul pudo someter a la furia, pero no duraría tanto, su fuerza crecía con la ira que seguía latiendo.

Paúl fue el tipo listo. Se apegó a su papel de Judas, y conocedor del terreno logró escabullirse por el muladar y trepar el muro que dividía el paraíso, con la tierra olvidada de una vecindad. De ahí continuó su carrera desenfrenada hasta su casa, que sólo estaba al cruzar la calle, pero fue tacleado por dos Pitufos que imitaron a la defensiva de la cortina de hierro de Pittsburgh en temporada regular y, ya sometido, lo

hicieron bailar al ritmo de la macana.

Una de las hermanas del Paúl vio la bailada. La legión de Pitufos había puesto de pie a la cuadra entera y desde una de las ventanas del segundo piso de su casa su hermana vio el andar azul y dio voz de alerta. La madre de Judas salió a su rescate y como una virgen mártir, se interpuso entre las macanas y el briago remedo humano que yacía a media banquetta, convertido en un morete viviente.

La virgen exigió razón para la barbarie y los Pitufos renuentes, hablaron del “operativo”, en el cual se limpiaba un lote baldío, donde conocido escuadrón de la muerte se daba a la perdición.

La mártir exigió con una voz de mando que ni un procurador podría alcanzar, se le presentara ante el cabrón a cargo del operativo. Los Pitufos pensaban treparla a la patrulla y si se podía darle un llegue, la doña no estaba muy pedaleada para sus edades, todavía daba el gatazo. Pero un centenar de mirones poblaron la calle, la mayoría empillamados, y no faltó el listo con cámara en mano o grabando video con el celular. No tuvieron de otra que llevarla frente al comandante Poncho, que se tomaba fotos con el grupito detenido para la primera plana de la nota roja del periódico más chayotero de la urbe. Mostrando los frutos de su lucha contra el crimen y el vicio. En algún lugar encajaba ese grupito de subnormales, sólo debía encontrársele algo o plan-

tarlo por ahí.

Uno de los Pitufos especialista en la siembra de evidencia, fue con el comandante Poncho, para mostrarle una serie de fotos en blanco y negro, donde un bigotón calvo, en banda presidencial le daba la mano a uno de sus jefes. Ese calvo era tan (in)popular y malévolo como el sida. Una encarnación de maldad pura, como solo podía ser un político de esos rangos. Una vez lo vio deambular en comitiva por la urbe, cuando regía el país de octubre. Eso fue una década atrás, antes de la devaluación y el error de diciembre, antes de zapatistas encapuchados y el costo interestelar del dólar. Antes de que ese hombre que le daba la mano entre fotos fuera alguien notable. Su jefe, uno de los regentes secretos de esa ciudad, un hombre que controlaba el tránsito de las cosas desde su sombra como un emperador romano. La duda era obvia, un intrigante enigmática ¿qué hacían esas fotos ahí? El pitufo sembrador le informó que las había encontrado pegadas en una pared entre posters de bandas de rock, monigotes salidos de un cómic y mujeres en cueros. Quizás uno de los remedos detenidos sabía —o era— el origen de las fotos, pero y si ese origen se tornaba en una pesadilla, si uno de esos...

La madre de Judas abordó al comandante, recordándole a su progenitora en cada mentada escupida con sarna. Estuvo por zamparle una cachetada guajolotera a la descarada mujer que protestaba enérgica cuan-

do, su celular vibró exigente. No podía ignorar ese llamado, a pesar de la hora, de estar en plena redada, de esa campaña publicitaria orquestada con desperdicios humanos en detención.

La voz que se coló por sus oídos al aceptar la llamada era la del hombre en esas fotos, dueño secreto de esa urbe, de ese Edén y padre de Judas. El comandante casi mancha su lustroso uniforme con el susto engendrado. ¿Cómo era posible? Parecía un argumento sacado de la manga en una novela de segunda para salir a flote con la trama, un giro de tuercas que desembocaría en un final feliz para los remedos, no para él. Mañana tendría que confrontar a su jefe, si bien le iba se podría lavar las manos y encontrar un chivo expiatorio, al cabo sólo era una redada de borrachos para lucirse con unas fotos en los chayotes bajo sueldo, podría salir de esta, un poco mallugado pero saldría avante. Hizo una lista mental de las cabezas a cortar y se tranquilizó un poco.

El comandante Poncho Pilates se lavó las manos ante la madre de Judas y ordenó la retirada de la horda pitufa, quienes aplicaron el ya clásico: *usted disculpe*. Devolvieron las fotos a su lugar y quitaron los sembradíos de un kilo de coca en polvo, Paúl volvió a regentear ante los primeros rayos de luz su paraíso perdido, mientras su madre dejaba la molestia expuesta a grito pelado.

Paúl como todo sínico, se lo tomó a la ligera, despidió

a su madrecita y cerró las puertas de ese cielo, dejando sólo a los salvados sin penitencia. Se reunieron en el cuarto ensayo y comprobaron que todavía hubiera camaguas que chupar, y los instrumentos siguieran intactos, después retomaron la perdición rutinaria, entre anécdotas burdas y tragos de cerveza quemada.

X

Ebrick estuvo predicando el dolor hasta pasado el mediodía de aquel sábado, anduvo circulando sin rumbo fijo entre las arterias de concreto de esa urbe, montado en su escarabajo, había golpeado a quien sabe quién sin saber porque, eso fue después de abandonar la tinto, antes de amanecer, el saco de boxeo en que convirtió a un fulano le dijo que los pitufos hacían una redada y atacaban en manada como una plaga de mangostas. Por eso tuvo que redoblar esfuerzos y cubrir cada callejón oscuro para imponer (su) ley. Otro remedo que se topó en un callejón le dijo que la redada había sido un fiasco de proporciones bíblicas y rodarían cabezas, habría una encarnizada cacería de brujas esos días para desviar la atención del fiasco. Así supo Ebrick que podría tomarse un respiro, los pitufos harían su trabajo. Dejó al remedo del callejón atado y con algunos huesos rotos. Quizás los pitu-cops podrían esmerarse y cazar a ese psicópata que asolaba las calles desde hace meses, un loco que solía golpear a transeúntes sin motivo aparente, no tenía un *modus operandi* definido, atacaba al azar, víctimas de oportunidad. Lo había perseguido desde su aparición pero siempre andaba un paso delante de él, aunque recorrían rutas nocturnas similares, tarde o temprano se toparían en un mismo cuerpo.

Ebrick decidió iniciar su descanso en el paraíso pero no estaba habitado ese mediodía, Raudel seguía roncando por el pasillo del calvario pero no había señas de otros habitantes, así que iría de casa en casa para cerciorarse de que el loco no había hecho de las suyas con uno de sus amigos. Fue en el segundo intento donde dio con la permanencia voluntaria.

El profe Borregus abrió la puerta de la cazuela donde habitaba en abandono familiar. Lo miró incrédulo y como pudo escupió las palabras:

— ¿Y hora, tú?... ¿Qué tu vieja no te tiene prohibido juntarte con nosotros?

—No. A ella no le interesa la escoria —reveló Ebrick.

—Hmmn, bueno..., pos pásale, güey.

Ebrick entró siguiendo al Borre, que se movía con una dificultad dolorosa. Los sobrevivientes se encontraban rodeando una mesa circular, iniciando un nuevo cartón de kiwas. Pablo estaba con el semblante religioso de una mantis ante la caguama que lo confrontaba, era un reto no verbal, como si fueran a terminar sus diferencias en tiroteo simulando un espagueti western o un churro protagonizado por los Almada. Paúl seguía en su pasatiempo de Judas, contando a la diestra y siniestra de quien tuviera en su catálogo de chismes. Y Abel simulaba a la perfección el comportamiento de un muerto en vida, un zombi. Permanecía estoico en su silla mientras su vista

se perdía en la nada. La grabadora del Borrego escupía un disco de Danzing, el volumen era tan bajo como para reconocer plenamente el álbum o de perdís una canción, sólo se podía saber que era Danzing por que el Borregus insistía en eso, aunque podría ser cualquier cosa, incluso estática o algo peor como Moderatto rockeando a Luis Miguel. Ebrick intentó ponerse al corriente en la peda bebiéndose la chela del zombi que ni se inmutó con el gandalla, probablemente ni siquiera se percató del suceso.

Anoche no había podido seguir con la investigación del homicida de Bola Ocho, fue una noche muy ajetreada con lo de la redada, tuvo que redoblar esfuerzos, aun le dolían los nudillos que se le habían descarapelado de tanto golpe dado. Esa noche, quizás debería usar guantes para evitar más heridas. La puerta se volvió un estruendo implacable. El Borre sabía que por más que se fingiera abandono no podría librarse de esa visita, había olvidado que hoy era el día y sin pensarlo ofreció su casa a los briagos para continuar la odisea y no podía meterlos debajo de la alfombra, ya que ni tan siquiera tenía una. No tuvo más remedio que abrir. Y mamá le dio un abrazo, asfixiante, por el olor a licor y tabaco. El Borre había salido de un muladar y sobrevivido a una redada pero noapestaba a esa colonia fermentada en peda como Mami, quien no venía sola, su socia, una gorda lonja del trabajo que arqueaba una sonrisa desespe-

rada por su cara-cachete, esperando encontrar algún acomedido que le regalase un poco de acariño. Ambas, damiselas dispuestas a caer en desgracia ante el primer valiente iban bien abrazadas de una botella de Jimador a un cuarto del vacío.

Las doñas venían de una reunión matutina de tinte familiar en la iglesia del barrio. Andaban entradas en copas y contra la voluntad del Borrego se hicieron de un lugar en la mesa artúrica (sólo en su circulada forma, ya que, carecía de caballeros y buenas intenciones) uniéndose a la comitiva previa. Doña Borre andaba muy sociable con los despojos de hombres, se tomó la libertad de cuestionarles: “¿si todavía tenía un buen ver o es qué, no preferían a las experimentadas?” Cada uno consultó —incluido el zombi— al Borrego con la mirada, quien echaba chispas y tenía esa expresión impresa por la cara que gritaba a regañadientes: “¡AL PENDEJO QUE SE LE PARE CON MI JEFA, SE LO CORTO, PUTOS!”. Doña tripa no vestía su ropa de iglesia, andaba coqueta en una blusa de resaque morado de escote pronunciado, un pantalón corto más arriba de las rodillas y todavía no estaba tan tirada a la vejez a comparación de la gorda lonja que la escoltaba. Doña Borre dio el segundo ataque, se apretó las pechugas con las manos y puso el dedo sobre el renglón —: ¿Apoco no le darían una buena mordida a esto?

Paúl estuvo por darle la razón, cuando vio al Borrego a punto de echar espuma blanca por la boca y los ojos inyectados en sangre. Doña Borre no se daba por vencido. Se puso de pie y levantó el pantalón lo más arriba de los muslos que pudo e interrogó a los presentes:

—Todavía aguantan, ¿o no?

Explotó con una carcajada atronadora, intentado disimular la decepción causada por el desinterés de la carne joven. La lonja hizo segunda sin saber por qué se reía, sólo seguía la inercia. El Borrego dejó caer su cabeza por la mesa, ¡thung! Lamentándose las ocurrencias de mami y temiendo que estuviera buscando un padastro, entre esos pelmazos que llamaba amigos.

—Sí, todavía aguantan —Paúl se lo dijo con un bulto creciente en la entrepierna y mirada jariosa. Le había alegrado la tarde a doña Borre, quien había saboreado el desprecio de un hombre célibe. El padrecito de la iglesia entraba en los cuarentas, pero no se comportaba como ninguno de sus predecesores, ni tan siquiera la notó en el convivio de esa mañana y eso la precipitó al abismo de la botella Jimador. Quizás era de esos que preferían monaguillos que a feligresas devotas para su desgracia, ya que se había enganchado con ese padre.

Borrego levantó la cabeza mordisqueando el labio inferior, intentando contener la rabia. Deseaba saltar

sobre el infeliz Judas de Paúl y cortarle su pipi, pero debía comportarse, por su sacrosanta madre, a pesar de que se comportara como toda una puta.

¡THUNG!

Un tercer llamado en la puerta. ¿Pero de quién? Sería el Kid para integrarse al borlote, o Rata-audel para reclamar su abandono, y si era él, ¿al menos se habría limpiado la caca? O si eran los Pitufos por el segundo asalto, o el Bocho dispuesto a destrozar ese cuchitril, o los black-etines Gamesa en misa negra, o algún conejo ponedor, o Míster Argolla que se esfumó después de la visita pitufa, o el fin del mundo o...

El Borrego resignado a portero de su propia cazuela, le abrió las puertas a la encarnación del chamuco en falda y cola de caballo. La encarnación encaró al trippón Borregus. La domesticadora del Ebrick venía a reclamar sus huesos, el profe mostró seso y se quitó de su camino, la (D)ama de Ebrick se abrió paso hasta la comitiva que se bebía su peso en cerveza y las mamá del anfitrión que deseaba comer carne joven y fresca, aunque fuera de un zombi como Abel.

— ¿Dónde has estado? —La (D)ama gritó a todo pulmón —. Pelusita... ¡Mataron a Pelusita! Y es tu culpa.

Ebrick había descuidado su labor de vigilante y otra vez había una baja gatuna. Por eso, cuando la domina-matriz saltó sobre él, e hizo girones su ropa a zar-

pazos y mordidas, acepto el dolor sabiendo de ante mano que lo merecía, cada raspón y raja en la piel, cada morete poblando su cuerpo.

— ¡Dios! Deberíamos separarlos —mamá Borre intentó intervenir pero ni su compañera se interesó en la barbarie.

—Ni te metas, ma —le pidió el Borregus —. Así... se llevan.

—Oh —dejó escapar el desencanto la madre y no quitó el ojo del calvario ganado por el predicador del dolor.

— ¡Quédate con tus pinches amigotes! —Berreo la domina-matriz al terminar su guerra con ese cuerpo maltrecho llamado Ebrick —. Yo voy a buscar al infeliz que mató a Pelusita y a Bola Ocho... —Ella estalló en lágrimas al recordar a los gatunos caídos. Salió de la cazuela corriendo la milla. Ebrick permaneció tirado por el suelo unos segundos recuperando fuerza y se levantó de golpe, atacó sin previo aviso el cuarto de Jimador y lo terminó de un buche. Necesitaba valor para ir por su amada, para soportar otra zarandeada. Se esfumó en un parpadeo detrás de su (D)ama. El Borrego fue el único que siguió con la mirada el andar de Ebrick, se posicionó en el marco de su puerta contemplando la reconciliación que casi terminaba en cogida pública sobre el cofre de un Tsuru, el Borrego no quiso saberlo, cerró la puerta y puso doble llave por si regresaban. Sería mejor reto-

mar su lugar en la mesa, había cosas más importantes por hacer, como cuidar a mami de ese grupo de briagos calientes con los que se juntaba. No quería tener que llamar alguno: papá.

XI

Abel había vuelto al inicio. A ese cuarto rentado donde vivía sus días en abandono cotidiano. No había mucho que mantener en la memoria sobre su veinteavo recordatorio en esa Tierra, le dolían un poco las costillas por las macanas de los Pitufos y sentía el amargo recorrido dejado en su laringe por el último vomito ocurrido una hora atrás. ¿En qué momento se volvió un secundario en su propio relato? No era un tipo que pudiera mantener el interés a cada instante y de eso era consciente, vivía entre personajes que tenían un perfil más apetecible, como Ebrick y su psicosis imperante, o Paúl en su papel de Judas, o el Borrego siendo un Borrego. Su lugar muchas veces consistía en estar presente, ser un elemento más de la crónica, un testigo ocular y fidedigno reproductor de esa realidad a través de relatos entre viñetas como lo hacía desde hace tanto. Los domingos era el día en que podía dar rienda suelta a esa creatividad narrada, pero primero necesitaba recuperar fuerzas, dormir un poco e hidratarse, antes de tomar un lápiz e iniciar a trazar esa vida en viñetas faltas de color, y llenas de una agonía cotidiana, no estaba seguro del momento en que aún vivía, pero creía que era parte de ese sábado, todavía. Dejó los restos de la peda cuando el profe quedó tirado por el sofá de su sala, el Kid apareció

antes, continuaba el camino trazado por el desamor de su rival, tampoco era lo que Jessy quería. En realidad ella no era tan exigente, sólo quería un hombre de verdad, no un remedo, de esa escolta que poseía muy a su pesar llevada a cabo por Raudel y el Kid, entre los dos no se lograba esa aspiración, pero Jessy estaba lo suficientemente dotada en silueta y nalga como para darse el lujo de exigir un poco de calidad. Paúl abriría su copiado-fácil hasta el lunes, como buen jefe, su rutina de mira nalgas podía prolongarse una semana más y otra y otra. ¿Y él? Qué le deparaba su tan logrado (bajo)perfil de tintes mediocre, no tenía empleo desde el jueves, cuando le notificaron su indispensabilidad en un trabajo que olvidaría haber ejercido rápidamente. Decidió no preocuparse ese viernes, a fin de cuentas era su día especial. Orlando Bloom emuló la odisea de Ulises ese día, en el traslado de una muerte perpetua que tuvo el transcurso de 800 páginas en algo que parecía un ladrillo en su volumen, al menos así pesaba. No compartió con nadie la fecha de su caída a esa Tierra, pero esa noche deseaba compartirla con alguien, quería escapar a la soledad y al vacío que conlleva. Tenía los teléfonos de Brenda y la Jezabel pero ninguna contestaba, chicas como ellas siempre tenían agenda llena. Había una chica que en verdad le importaba, una aspirante a medico, pero decidió desligarse de ese drama (de momento) como lo hizo con ese que lo esperaba el

lunes a primera hora, cuando confrontara su apocalipsis personal y dejara de lado esa pausa, que se daba en la mundanidad de su vida cada fin de semana. Por el momento proseguiría con la creatividad con la que alimentaba sus sueños inalcanzables, en que se perdía cada domingo en sus trazos y al finalizar, retomaría la agonía común del día a día, en espera del próximo fin de semana en que podría dejar de lado todo por unas horas y luego retomar su papel en la agonía, en el absurdo que es vivir, en la búsqueda de un empleo que pague cuentas y le permita comer, y tomarse las cervezas del fin de semana. Y también continuaría ese drama con la chica idealizada tan distante como el éxito soñado de un artista en un arte de tercera, si al menos fuera escritor o un pintor y no un punto intermedio, incluso en ese mundo si no se habla de capaz y supes no se llega lejos, eso siempre le hacía preguntarse a que jugaba con eso del *Slice of live* muy a la boga europea del señor Jean o, del rollo underground a lo Crumb que nadie conocía. Pero esa noche, entre los restos del sábado y los comienzos de un domingo se podía dar el lujo de mandar todo al diablo y soñar por veinticuatro horas más, entre la creatividad de una obra naciente que quizás se perdería en el anonimato que envolvía su vida. Pero había una esperanza, una leve posibilidad de salir de ese infierno mundano, un rayo que iluminaba el amanecer del próximo lunes, donde confrontaría la pregunta que en ese mo-

mento ignoraba abiertamente, y el lunes estaría ahí pasando lista y esperando en primera fila, la pregunta que tenía un tiempo zumbando por su cabeza como una avispa inquieta, una pregunta tan simple que desgarraba en su profundidad abismal y dejaba todo a la expectativa:

“¿Y ahora qué?...”

Contenido

I	5
II	7
III	13
IV	19
V	25
VI	33
VII	39
IX	45
X	53
XI	61

Este libro fue diseñado y exportado para su publicación en AMAZON por SULTANA DEL LAGO EDITORES, en los talleres gráficos del poeta Luis Perozo Cervantes, en Maracaibo, estado federal del Zulia, en el continente americano, del planeta tierra; a los 13 días del mes de abril de 2021, el mismo día del año 1920 en que nace el escritor y artista visual H.R. Marín Fonseca.